

Lateinamerika-Institut

Inv. No. 7762

EL ESCRITOR Y EL REVOLUCIONARIO

(CARTAS DE JOSE MARIA ARGUEDAS Y HUGO BLANCO QUE PUBLICA "PF" POR VOLUNTAD EXPRESA DEL DESAPARECIDO NOVELISTA PERUANO).

★ Dos días antes del disparo suicida, José María Arguedas me pidió que hiciera llegar a la redacción de PUNTO FINAL, para su publicación, la breve correspondencia que hasta entonces había mantenido con el dirigente campesino y revolucionario Hugo Blanco.

Arguedas y Blanco jamás se conocieron personalmente. Pero la admiración y el cariño que por el genial escritor sentía el líder agrario lo impulsaron a enviarle, desde la prisión, un relato escrito especialmente para él. Un hecho circunstancial lo indujo a ello: Blanco se había enterado, por los amigos que lo visitan en la Colonia Penal del Frontón, que José María no se encontraba bien de salud; quiso entonces contribuir a levantar su ánimo enfermo y escribió para él una corta pero expresiva narración.

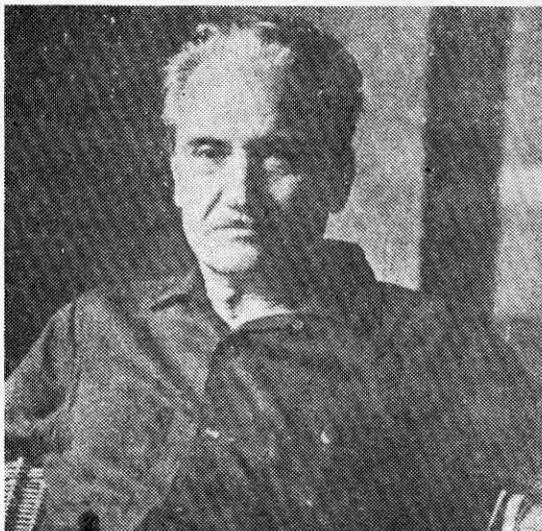
Nada hay en ella de ficticio; se trata, realmente, de un relato de hechos verídicos, acaecidos en la experiencia personal de Blanco durante el período de su formación revolucionaria. Hugo habla en él del hombre que incidió de un modo decisivo en su educación política. El título de la narración es significativo: "El Maestro".

Casi simultáneamente con el envío de este documento (noviembre de 1969), se produjo otro hecho que habría de originar la breve y emotiva correspondencia entre el literato y el jefe campesino: José María Arguedas remitió a Blanco, en carácter de obsequio, un ejemplar de su novela "Todas las sangres". Las circunstancias en que se realizó la entrega de este ejemplar, y el modo cómo se originó la correspondencia, están suficientemente explícitas en la carta de Hugo Blanco, y en la primera de las notas aclaratorias que la acompañan. A ellas remito al lector.

Esta carta fue escrita en quechua. También la respuesta de Arguedas; la versión castellana que se publica de ambos documentos, corresponde a la traducción hecha por el propio José María.

Con respecto a la respuesta del gran novelista, nada hay que aclarar: todo es nítido en ella. El lector inteligente comprenderá de inmediato su enorme trascendencia política, su inmenso valor humano; verá que fue escrita por quien sabe ya que pronto habrá de irse; y podrá transitar algún trecho, conmovido, por el alma del más grande escritor que han producido los Andes.

José María —tal vez deliberadamente—, no fe-



JOSE MARIA ARGUEDAS, el gran novelista peruano recientemente desaparecido, admiraba al líder campesino Hugo Blanco que continúa preso en la cárcel de El Frontón. Ambos intercambiaron cartas escritas en quechua.

chó su carta. Sé que comenzó a redactarla el 12 de noviembre de 1969 y que el día 25 ya estaba en poder de Hugo Blanco. Nada más puedo afirmar acerca de esto.

He agregado a las cartas notas aclaratorias, puesto que la mayoría de los lectores chilenos ignora el significado de ciertos términos quechuas (o de origen quechua), cuyo uso en el Perú es general y común.

CARLOS VIDALES

EL MAESTRO

A las hojas de la mostaza sancochada llamamos "nabos hawch'a". Nos gusta mucho, a pesar de que evoca a la muerte en su causa más extendida y silenciada: el hambre.

Cuando viene el hambre devora habas, maíz, papas, chuño; no deja nada al indio... más que las hojas de la mostaza; ya sin manteca, sin cebollas, sin ajos, hasta sin sal.

Después de esas y esas hojas, viene la muerte; son sus "heraldos verdes". Viene la muerte con diferentes seudónimos en castellano y en quechua: tuberculosis, anemia perniciosa, neumonía, **pujyu** (manantial), **wayra** (vientro), **layqa** (brujería). Se la llama por sus seudónimos, porque su verdadero nombre es muy mala palabra: **HAMBRE**.

Pero el nabo hawch'a no tiene la culpa de esto, por eso nos gusta tanto. No digo que sea rico, yo no entiendo de estas cosas; ya me equivoqué con el chuño, yo decía que era muy rico y la gente entendida afirma que es insípido. Por eso yo sólo digo que nos gusta mucho aunque nos recuerde hambrunas.

Esas hambrunas en las que a veces los gringos (¡tan buenitos ellos!) nos mandan de limosna maíz con gorgojo y "leche" en polvo que llegan a la parroquia, a la alcaldía o a la gobernación y de allí pasan a servir de alimento a los chanchos de los hacendados. Yo no pido que nos repartan esa limosna, yo exijo que nos devuelvan lo nuestro para que no haya hambrunas. Fue mi primo hermano, Zenón Galdós, quien pidió que se repartiera; le costó caro. Por exigir eso, el señor Araujo, alcalde de Huanquite, lo mató de un balazo. El señor Araujo no está preso, es de buena familia.

Un domingo de mil novecientos cuarenta y tantos, saboreando mi ración de nabos hawch'a, conversaba con la campesina que los vendía, sentada en el barro del mercado de San Jerónimo, Cuzco.

Conversábamos del tema del día: los temblores. Ella me explicó su origen: eran enviados como castigo porque los indios del ayllu se levantaron contra los padres dominicos de la hacienda "Pata-pata". Así lo manifestó el señor cura durante la misa de esa mañana: "El demonio no ha muerto, está en el Hospital del Cuzco". El señor cura no dijo que la muerte del "demonio" era la condición para que cesen los temblores, la campesina lo entendió así por su cuenta.

—¿Morirá?

—Seguro, está muy mal dice, por su culpa todo esto...

Ella no quería temblores ni quería ir al infierno, por eso sus palabras condenaban al "demonio".

Pero su cara, su voz, el barro en que estaba sentada, el nabo hawch'a, su corazón, todo eso era de tierra, de tierra como el "demonio" que estaba en el hospital, de tierra que gri-

taba silenciosamente su desesperado anhelo de que el "demonio" se salvara.

Y se salvó nomás Lorenzo Chamorro... se salvó a medias porque quedó inválido. El médico le dijo:

—Sólo un indio como tú puede estar vivo con seis agujeros en las tripas; lo que te fregó es una bala que te afectó la columna vertebral.

Y así lo conocí tiempo después, ya en su rincón: legañas, mugre, muletas, poncho grande, voz vibrante, ojos de fuego.

Lo miré y supe que era verdad que producía temblores: mi sangre temblaba, mis siglos temblaban cuando me acerqué a abrazarlo.

—Tayta, cuéntame.

Y me dijo cosas que yo ya sabía: que la hacienda "Pata-pata" de los dominicos continuaba arrebatando tierras de la comunidad, que la comunidad tenía títulos de propiedad, que la justicia no llegaba nunca, que los campesinos organizaron sindicato, que él era el Secretario General, que quisieron sobornarlo, que no cedió, que lo amenazaron, que no cedió, que cuando estaba trabajando las tierras en litigio vinieron el Prior del Convento de Santo Domingo y sus matones, que como los matones no lo conocían, el Prior lo señaló "con la misma mano que consagra al Santísimo", que entonces recibió los balazos de uno de los matones.

—Todos mis compañeros corrieron a atenderme; yo les decía: "¡No! ¡déjenme! ¡Agárrenlo a él! ¡Déjenme...! ¡Agárrenlo...!"; y ahí nomás me desmayé.

No hubo cárcel para los heridores del indio, ni indemnización para el indio herido; se sobreentiende; estamos en el Perú.

Los campesinos temían ir a visitarlo a su rincón de inválido, era peligroso... comprometedor... Pero las campesinas iban... "sólo a visitar a su mujer"... hasta que el señor cura se enteró y tuvo que explicar desde el púlpito:

—Hijos míos, el Señor ha perdonado a este pueblo, pero ustedes abusan de su bondad, vuestras mujeres siguen visitando la casa del "demonio", ¡va a caer lluvia de fuego sobre San Jerónimo!...

Las campesinas evitaron la lluvia de fuego, dejaron de ir donde la mujer de Chamorro.

—Mi hijo mayor lloraba como tocando su guitarra, de pena se ha muerto.

Yo seguí visitándolo, en busca de la lluvia de fuego, la sentía, escuchando relatos desconocidos:

—¿Conoces el cerro Picol?

—Sí tayta, desde el Cuzco también se ve; también desde el camino de Paruro; desde bien lejos se ve ese cerro.

—Eso también querían quitarnos. Mandaron guardias a caballo. Nosotros estábamos preparados.

Los guardias no se dieron cuenta de que el camino se contorsionaba para dificultarles el ascenso; no veían que los p'ata kiskas (cactus) abrían sus brazos erizados de espinas amenazándolos; no notaron el odio de las piedras, de los guijarros; no comprendieron que si la gran herida roja del cerro tomaba color humano, era por la cólera, la santa cólera de ver guardias donde sólo debía haber hombres.

De pronto algunas piedras se movieron; no eran piedras, eran indios honderos; como los indios de antes, como los indios de siempre, con las hondas de siempre. Las hondas de las huestes de Tupac Amaru, las hondas que lanzan el grito de rebelión: ¡Warak'as!

Pero esta vez los proyectiles no eran los de siempre, no eran las piedras indias... ¡dinamita!

Se atascó el cerebro de los guardias; antes de que se dieran cuenta de lo que sucedía, los caballos estaban en dos patas y ellos en cuatro, corriendo ladera abajo en medio de explosiones, sin hacer caso a los brazos feroces de p'ata kiska, que fácilmente se desprenden del cuerpo de la planta y difícilmente del cuerpo de la gente o de las bestias.

—No regresaron más. Así hay que pelear, aprende, con warak'a y con dinamita; con las mañas de los indios y con las mañas de los mistis; hay que conocer bien lo de nosotros y lo de ellos.

—Sí tayta... hay que conocer bien lo de nosotros y lo de ellos para pelear mejor.

Y las lecciones continuaban:

—Toca mi cabeza en esta parte. ¿Qué hay?

—Hueco tayta, no hay hueso, hueco nomás hay.

—Te voy a contar de ese hueco: eso fue en Oropeza. Los indios estábamos en pleito con el hacendado. El se consiguió compadres, nosotros nos cuidábamos. Pero una vez tuvimos fiesta y nos estábamos emborrachando; en eso llegaron los compadres del hacendado queriendo matarnos a palos.

Los antiguos contendores, los de siempre, los de siglos, los de toda la Tierra; de un lado, "los compadres del hacendado": mezcla de bestias y máquinas, como todo aquel que combate por el amo, sea mercenario, marine yanki, ranger o amarillo. Es la anti-humanidad que hiere al Hombre. Máquina bestializada que no piensa. Encierra a un hermano adentro, claro está, pero mientras no surge el hermano, es todavía eso: máquina y bestia, fabricada para herir al hombre.

De otro lado "los indios": representantes del Hombre en general, humanizados por encima de la borrachera, porque ahora sólo la rebelión convierte al hombre en Hombre. "Los indios" luchando por el Hombre, por la tierra; por la tierra de ellos y de todos los hombres.

—De repente nomás llegaron. A mí me agarró uno de ellos y me rompió la cabeza de un palazo; yo me caí muerto pero me levanté para meterle el cuchillo y vuelta me caí muerto. Después no sé cuánto tiempo habrá pasado, comencé a escuchar de lejos el doble de las campanas. "¿Cómo será? —decía yo en mi adentro— ¿de mí estarán doblando o



CAMPESINOS PERUANOS: víctimas de una secular explotación que más de una vez los ha hecho alzarse en rebeldía.

del perro del gamonal?". Después ya me moví un poco, me desperté bien y me di cuenta de que estaba vivo. Recién me puse tranquilo, "del compadre del gamonal había sido" diciendo. Así, aunque te rompan la cabeza, cuando tienes que seguir peleando, resucitas.

—Sí tayta.

—Con juicios nunca ganamos los indios, tiene que ser así, peleando. Los jueces, los guardias, todas las autoridades, están a favor de los ricos; para el indio no hay justicia. Tiene que ser así, peleando.

—Sí tayta, así, peleando.

Me relató muchas cosas más, me contó que sus huesos no se habían roto al saltar del tren en marcha cuando lo llevaban preso.

—¿Cuentas a tus profesores lo que te hablo?

—A algunos nomás tayta.

—¿Qué te dicen?

—Unos me dicen "así es", te quieren, tayta; otros me dicen "son ideas foráneas".

—¿Qué es eso?

—No sé tayta.

Y las lecciones de "ideas foráneas" seguían. Lluvia de fuego.

Impotente, acorralado, volcaba en mí su candela.

Pero a veces estallaba:

—¡Carajo! ¡Ya no puedo pelear! Estas malditas piernas ya no pueden ir a los cerros. Mis manos ya no sirven. No valgo para nada. ¡Ya no puedo pelear, carajo!

—¡Sí tayta! ¡Vas a seguir peleando! Tú no estás viejo, tayta; tus pies, tus manos nomás están viejos. Con mis pies vas a ir donde nuestros hermanos, tayta; con mis manos vas a pelear, tayta; como cambiarte de poncho nomás es. Mis manos, mis pies, te vas a poner para seguir peleando. ¡Como cambiarte de poncho nomás es, tayta!

HUGO BLANCO
El Frontón — noviembre — 1969

Cartas de Hugo Blanco y Arguedas

El Frontón, 11 de noviembre de 1969.

TAYTAY José María:

Casi me has hecho llorar, este día, al saber lo que me contó tu esposa. Me dijo: "esto te envía; escribió mucho en quechua y después "puede tener vergüenza de mí" diciendo, se arrepintió y no puso sino estas escuetas palabras"(1).

Quando me dijo eso, yo me dolí mucho; casi lloré. ¿Cómo es posible, taytay, que entre nosotros podamos avergonzarnos de cuanto nos podemos decir en nuestra lengua tan dulce? Cuando nos pedimos ayuda, nunca lo hacemos con palabras escuetas, en nuestra lengua. ¿Acaso alguna vez escuchamos decir: "mañana has de ayudarme a sembrar, porque yo te ayudé ayer"? ¡Ahj! ¡Qué asco! ¡Que podrá ser eso! Únicamente los gamonales suelen hablarnos en esa forma. ¿Acaso entre nosotros, entre nuestra gente, nos hablamos de este modo? Muy tiernamente nos decimos: "Señor mío, vengo a pedirte que me valgas; no seas de otro modo: mañana hemos de sembrar en la quebrada de abajo; ¡ayúdame pues, caballerito, paloma mía, corazón!". Con estas palabras solemos empezar a pedir que nos ayuden.

Y también cuando nos encontramos en los caminos de las punas, aun sin conocernos, nos saludamos el uno al otro; nos invitamos un trago, nos alcanzamos algún poco de coca; nos preguntamos hacia dónde vamos; y solemos charlar unos instantes.

Y siendo así, ¿crees que pude haberme dolido de cualquier cosa que hubieras escrito en nuestra dulce lengua, para mí? ¿Acaso mi corazón no se entenece al leer cómo has traducido al castellano nuestra lengua, para que todos la conozcan y alcancen a saber aunque no sea sino una parte de lo tanto que esa lengua puede expresar? ¿Acaso cuando yo también traduzco algo de lo que hablamos en nuestra lengua, no me acuerdo

(1) Hugo Blanco se refiere a un ejemplar de la novela "Todas las sangres", que José María Arguedas le envió de obsequio. Inicialmente, Arguedas había escrito, en quechua, una extensa y afectuosa dedicatoria; pero posteriormente la rompió reemplazándola por una corta frase, pues creyó que tal vez a un luchador del temple de Blanco podría no parecerle bien aquel gesto "sentimental".

de ti? "Escribe como él", diciendo "van a hablar de mí los mistis" (2), repito únicamente para mí mismo, si, cuando intento traducir del quechua. "Eso lo han de repetir bien. Han de decir la verdad. Yo no puedo hablar de otro modo; digo exactamente lo que brota de mi corazón y de mi boca"; diciendo esto, yo pienso.

Yo no puedo decir qué es lo que penetra en mí cuando te leo; por eso, lo que tú escribes no lo leo como las cosas comunes, ni tampoco tan constantemente: mi corazón podría romperse.

Mis punas empiezan a llegar hacia mí con todo su silencio, con su dolor que no llora, apretándome el pecho, apretándolo. O bien cuando me recuerdas las pequeñas quebradas, empiezo a ver los picaflores, escucho como si los pequeños manantiales cantaran. ¡Cuántas veces he pensado en ti cuando me he sentido con estos recuerdos!

Cuánta alegría habrías tenido al vernos bajar de todas las punas y entrar al Cuzco, sin agacharnos, sin humillarnos, y gritando calle por calle: "¡Que mueran todos los gamonales! ¡Que vivan los hombres que trabajan!". Al oír nuestro grito, los "blanquitos", como si hubieran visto fantasmas, se metían en sus huecos, igual que pericotes. Desde la puerta misma de la Catedral, con un altoparlante, les hicimos oír todo cuanto hay, la verdad misma, lo que jamás oyeron en castellano; se lo dijimos en quechua. Se lo hicieron oír los propios maqtas (3), esos que no saben leer, que no saben escribir, pero que sí saben luchar y saben trabajar. Y casi hicieron estallar la Plaza de Armas esos maqtas emponchados.

Pero ha de volver el día, taytay, y no solamente como aquél de que te cuento, sino más grande. Días más grandes llegarán; tú has de verlos. Muy claramente están anunciados.

Aquí no más concluyo, taytay, porque si no, no he de terminar de escribir nunca. He de resentirme si no envías eso que escribiste para mí. Hasta que nos encontremos, taytay. No te olvides, pues, de mí.

HUGO

(2) MISTIS: blancos, personas principales de un pueblo o lugar.

(3) MAQTA: muchacho fuerte, joven, vigoroso.



HERMANO Hugo, querido corazón de piedra y de paloma:

Quizá habrás leído mi novela "Los ríos profundos". Recuerda, hermano, el más fuerte, recuerda. En ese libro no hablo únicamente de cómo lloré lágrimas ardientes; con más lágrimas y con más arrebatos hablo de los pongos (1), de los colonos de hacienda,

(1) PONGOS: se llama así a los indios que no tienen tierra propia y que trabajan como peones de hacienda. No son, pues, hombres libres; en los hechos, son siervos. Son despreciados incluso por los comuneros o indios de las comunidades, que sí poseen tierras y para quienes un individuo

de su escondida e inmensa fuerza, de la rabia que en la semilla de su corazón arde, fuego que no se apaga. Esos piojosos, diariamente flagelados, obligados a lamer tierra con sus lenguas, hombres despreciados por las mismas comunidades, esos, en la novela, invaden la ciudad de Abancay sin temer a la metralla y a las balas, vencíendolas. Así obligan al gran predicador de la ciudad, al cura que los miraba como si fueran pulgas; venciendo a

alcanza la plena condición humana únicamente cuando es propietario, aunque sólo sea de un surco.

las balas, los siervos obligan al cura a que diga misa, a que cante en la iglesia; le imponen la fuerza.

En la novela imaginé esta invasión con un presentimiento: los hombres que estudian los tiempos que vendrán, los que entienden de luchas sociales y de la política, esos, que comprendan lo que significa esta sublevación y la toma de la ciudad que he imaginado. ¿Cómo, con cuánto más hirviente sangre se alzarían estos hombres si no persiguieran únicamente la muerte de la madre de la peste, del tifus, sino la de los gamonales, el día que alcancen a vencer el miedo, el horror que les tienen! "¿Quién ha de conseguir que venzan ese terror en siglos formado y alimentado, quién? ¿En algún lugar del mundo está ese hombre que los ilumine y los salve? ¿Existe o no existe, carajo, mierda?", diciendo, como tú lloraba fuego, esperando, a solas.

Los críticos de literatura, los muy ilustrados, no pudieron descubrir al principio la intención final de la novela, la que puse en su meollo, en el medio mismo de su corriente. Felizmente uno, uno solo, lo descubrió y lo proclamó, muy claramente.

¿Y después, hermano? ¿No fuiste tú, tú mismo quien encabezó a esos "pulguientos" indios de hacienda, de los pisoteados el más pisoteado hombre de nuestro pueblo; de los asnos y los perros el más azotado, el escupido con el más sucio escupitajo? ¿Convirtiéndolo a esos en el más valeroso de los valientes ¿no los fortaleciste, no aceraste su alma? Alzándoles el alma, el alma de piedra y de paloma que tenían, que estaba aguardando en lo más puro de la semilla del corazón de esos hombres ¿no tomaste el Cuzco como me dices en tu carta, y desde la misma puerta de la catedral, clamando y apostrofando en quechua, no espantaste a los gamonales, no hiciste que se escondieran en sus huecos como si fueran pericotes muy enfermos de las tripas? Hiciste correr a esos hijos y protegidos del antiguo Cristo, del Cristo de plomo. Hermano, querido hermano, como yo, de rostro algo blanco, del más intenso corazón indio, lágrima, canto, baile, odio.

Yo, hermano, sólo sé bien llorar lágrimas de fuego; pero con ese fuego he purificado algo la cabeza y el corazón de Lima, la gran ciudad que negaba, que no conocía bien a su padre y a su madre; le abrí un poco los ojos; los propios ojos de los hombres de nuestro pueblo les limpié un poco para que nos vean mejor. Y en los pueblos que llaman extranjeros creo que levanté nuestra imagen verdadera, su valer, su muy valer verdadero, creo que lo levanté alto y con luz suficiente para que nos estimen, para que sepan y puedan esperar nuestra compañía y fuerza; para que no se apiaden de nosotros como del más huérfano de los huérfanos; para que no sienta vergüenza de nosotros, nadie.

Esas cosas, hermano a quien esperaron los más escarnecidos de nuestras gentes, esas cosas hemos hecho; tú lo uno y yo lo otro, hermano Hugo, hombre de hierro que llora sin lágrimas; tú, tan semejante, tan igual a un comunero, lágrima y acero. Yo vi tu retrato en una librería del barrio latino de París; me erguí de alegría viéndote junto a Camilo Cienfuegos y al "Che" Guevara.

Oye, voy a confesarte algo en nombre de

nuestra amistad personal recién empezada: oye, hermano, sólo al leer tu carta sentí, supe que tu corazón es tierno, es flor, tanto como él de un comunero de Puquío (2), mis más semejantes. Ayer recibí tu carta: pasé la noche entera, andando primero, luego inquietándome con la fuerza de la alegría y de la revelación.

Yo no estoy bien, no estoy bien; mis fuerzas anohecen. Pero si ahora muero, moriré más tranquilo. Ese hermoso día que vendrá y del que hablas, aquél en que nuestros pueblos volverán a nacer, viene, lo siento, siento en la niña de mis ojos su aurora; en esa luz está cayendo gota por gota tu dolor ardiente, gota por gota, sin acabarse jamás. Temo que ese amanecer cueste sangre, tanta sangre. Tú sabes y por eso apostrofás, clamás desde la cárcel, aconsejas, creces. Como en el corazón de los runas (3) que me cuidaron cuando era niño, que me criaron, hay odio y fuego en ti contra los gamonales de toda laya; y para los que sufren, para los que no tienen casa ni tierra, los wakchas (4), tienes pecho de calandria; y como el agua de algunos manantiales muy puros, amor que fortalece hasta regocijar los cielos. Y toda tu sangre había sabido llorar, hermano. Quien no sabe llorar, y más en nuestros tiempos, no sabe del amor, no lo conoce.

Tu sangre ya está en la mía, como la sangre de don Vito Pusa, de don Felipe Maywa. Don Vito y don Felipe me hablan día y noche, sin cesar lloran dentro de mi alma, me reconviene en su lengua, con su sabiduría grande, con su llanto que alcanza distancias que no podemos calcular, que llega más lejos que la luz del sol. Ellos, oye Hugo, me criaron, amándome mucho, porque viéndome que era hijo de misti, veían que me trataban con menosprecio, como a indio. En nombre de ellos, recordándolos en mi propia carne, escribí lo que he escrito, aprendí todo lo que he aprendido y hecho, venciendo barreras que a veces parecían invencibles. Conoci el mundo. Y tú también, creo que en nombre de runas semejantes a ellos dos, sabes ser hermano del que sabe ser hermano, semejante a tu semejante, el que sabe amar.

¿Hasta cuándo y hasta dónde he de escribirte? Ya no podrás olvidarme, aunque la muerte me agarre, oye, hombre peruano, fuerte como nuestras montañas donde la nieve no se derrite, a quien la cárcel fortalece como a piedra y como a paloma.

He aquí que te he escrito, feliz, en medio de la gran sombra de mis mortales dolencias. A nosotros no nos alcanza la tristeza de los mistis, de los egoístas; nos llega la tristeza fuerte del pueblo, del mundo, de quienes conocen y sienten el amanecer. Así la muerte y la tristeza no son ni morir ni sufrir. ¿No es verdad, hermano?

Recibe mi corazón,

JOSE MARIA

(2) Arguedas vivió su más temprana infancia, hasta los diez años de edad, en una comunidad de indios de Puquío, pueblo del Departamento de Ayacucho.

(3) RUNAS: hombres, gentes. Los indios de las comunidades se llaman a sí mismos, runas.

(4) WAKCHAS: son los desposeídos de la tierra, los "semihumanos". Wakcha significa también huérfano, desvalido, desamparado. De este término proviene la palabra "huacho".

★ "Los fundamentos del leninismo", por J. Stalin, Editorial La Oveja Negra, Medellín, Colombia, 1969.

Estas son las famosas conferencias pronunciadas en la Universidad Sverdlov y publicadas en "Pravda" en 1924, respecto a las cuales el filósofo Louis Althusser ha dicho que han sido injustamente olvidadas. En realidad forman parte de la literatura revolucionaria clásica y su relegación sólo se explica por la pesada lápida que cubre a Stalin y que aún ahora impide juzgarlo de manera objetiva. En ese sentido, la tarea acometida por la Editorial La Oveja Negra viene a llenar un vacío que se suma a otros títulos ya publicados entre los que figuran libros de Marx, Trotsky, Engels y otros autores, algunos de los cuales hemos reseñado en PF.

Es posible, sin embargo, que este libro de Stalin que en una época fue una fuente obligada de estudio, no sólo esté prohibido por la interdicción que pesa sobre su autor. No es excesivo aventurar que, además, lo esté porque su contenido discrepa de manera ostensible con la línea actual de muchos partidos comunistas. En efecto, Stalin —en 1924, el mismo año de la muerte de Lenin— aún traducía fielmente los fundamentos del leninismo. Todo el libro es una requisitoria al oportunismo de los partidos de la II Internacional, una condena tajante a los reformistas —a los que no se vacila en calificar como "escoria"—, una adhesión calurosa al internacionalismo revolucionario que más tarde sería sustituido por el propio Stalin con formas perniciosas de nacionalismo.

1924 era todavía la época gloriosa de la primera revolución proletaria. Se hablaba —como lo hace Stalin— de los que "temen a la revolución como a la peste", y que no eran otros que los dirigentes de partidos obreros que caminaban a remolque de la burguesía.

Los flujos y reflujos de la historia vuelven a poner de actualidad la lucha ideológica que libró Lenin. Las tendencias malsanas de la II Internacional han reverdecido y en alguna forma están dominando.

Pero el leninismo no ha muerto, o sea la teoría revolucionaria está viva, combatiendo, dispuesta a derrotar una vez más a los oportunistas, a los vacilantes, a los que no tienen fe en la revolución.

Novela de la guerrilla boliviana

A conciencia de que hoy se es contemporáneo de todos los hombres, y de que la universalidad es una consecuencia del acoso a lo real desde una acción dialéctica, compleja, y no a través de un "simplismo épico" (1), ha abierto paso a una novelística de fundación en América latina. Atrás quedó aquella tendencia naturalista asfixiada dentro de la aplastante e ilimitada naturaleza, personaje hegemónico y capturable para los conquistadores hispanos de ayer y norteamericanos de hoy que vinieron y vienen con la intención única de arrancar de cuajo y llevarse las riquezas de la flora y fauna y el suero geológico de nuestra trágica Latinoamérica.

Hoy es la hora de inscribir, no de escribir. Si es cierto que, libertados, los pueblos del continente habrán de enfrentarse a la naturaleza para gestar el desarrollo, no puede olvidarse que la disyuntiva no es ¡adentro!, a que se los trague la selva, como en **La vorágine**, sino preparar las futuras luchas contra el colonizador y el cómplice nativo que frenan el tránsito hacia el desarrollo independiente, hacia la explotación liberada de la naturaleza. La magna apertura.

Estamos en los días de la confrontación dialéctica entre el cambio y la estructura, la renovación y la tradición, el evento y el discurso, la visión de la justicia y la visión de la tragedia. En varias obras de la narrativa actual latinoamericana se observa ya este enfrentamiento. Ellas mismas (a partir de la toma de conciencia de la falta de un lenguaje) son campo de batalla de la pugna por ingresar a la historia. "Nuestro lenguaje ha sido el producto de una conquista y de una colonización ininterrumpida; conquista y colonización cuyo lenguaje revelaba un orden jerárquico y opresor. La nueva novela hispanoamericana se presenta como una nueva fundación del lenguaje contra los prolongamientos calcificados de nuestra falsa y feudal fundación de origen y su lenguaje igualmente falso y anacrónico. Inventar un lenguaje es decir todo lo que la historia ha callado. Continente de textos sagrados, Latinoamérica se siente urgida de una profanación que dé voz a cuatro siglos de lenguaje secuestrado, marginal, desconocido" (2).

Justamente esta exploración en el verbo, este afán de verbalizar, no tanto con la tradición sino con el cambio, el proceso, el habla, con la predicción incluso, está caracterizando a la narrativa continental.

En Bolivia, aplastada por la jerarquización, por el torquemadismo, por el fraude lingüístico, el surgimiento de un narrador como Renato Prada Oropeza —nació en Potosí en 1937— tiene una significación especial. Prada Oropeza venció en el Concurso Casa de las Américas 1969 con su novela "Los fundadores del alba" que ficciona y documentaliza la inconclusa gesta libertadora del Che Guevara en Bolivia en 1967. Tan encima de los hornos, a sólo dos años del cerco

(1-2) Carlos Fuentes: "La nueva novela hispanoamericana". Cuadernos Joaquín Mortiz, México, 1969.

CHE GUEVARA:

Su ejemplo en la
primera novela
de la guerrilla boliviana



mortal al Libertador, podía pensarse en lo difícil que era convertir en **escritura**, estructurar como novela aquella historia. Existía el peligro de ser servil a la secuencia de anécdotas, a la información. Faltaba la distancia necesaria para recoger, en el reposo, la emoción producida por la historia. Este recoger en tranquilidad no podía hacerse tampoco mediante un lenguaje tranquilo, inocente, tradicional. No era posible con un lenguaje que, unívocamente, fuese traído en un solo plano.

Renato Prada Oropeza salió en buena forma del paso: no terminó escribiendo para el esquema; dio dimensión literaria a la información. Esta dimensión vino a darse sólo en los lenguajes empleados, donde se creó realmente esa otra realidad que, aun cuando autónoma, hermana una relación ética con la historia. El lenguaje vino aquí a establecer el mito, a presentar, a **hacer presente** la historia. Esta vez la predicción, el adelantado al mito corrió por cuenta de Guevara y de sus hombres. Prada sólo pasó a escritura lo ya fundado por el libertador.

La novela, que se mueve en varios planos de lugar y tiempo, en acciones paralelas y en cruces un poco al modo de Vargas Llosa, está exenta de caricaturizaciones. Los hombres de la guerrilla al mando del Jefe (alude a Guevara), y cuyo personaje-narrador es Javier, exseminarista, están sí mejor dotados que la soldadesca que los persigue para avanzar en el camino difícil de la libertad, la conciencia, la visión de la tragedia. En ellos se da ya la **apertura**. Al leer los 15 breves capítulos del diario de Javier —en otro plano de expresión— esto se comprueba. En general el lenguaje usado por los guerrilleros es más parco, sereno, dentro de una más articulada línea de pensamiento. El nerviosismo, el miedo, la discontinuidad se da en la tirante relación entre el capitán del ejército y sus soldados, en los diálogos y monólogos de estos últimos. Hay aciertos notables hacia el cierre de la novela (exceptuando aquellas palabras que dirige el Jefe a los habitantes de un poblado; zona débil, acartonada del libro), cuando las acciones se funden en una sola corriente y se estrecha el cerco sobre los guerrilleros y es la cacería final. Aquella terrible emboscada es retenida creando una tensión en extremo que, de repente, al primer balazo, Prada Oropeza deja caer desde el clímax, como por un túnel.

HERNAN LAVIN CERDA

★ “Los conceptos elementales del materialismo histórico”, por Marta Harnecker, 253 páginas. Ediciones Siglo Veintiuno - México - Segunda Edición.

He aquí un libro de importancia fundamental para los estudiosos de la teoría revolucionaria, y de ayuda para todo el que quiera iniciar el estudio de aquella parte primordial del marxismo que es el materialismo histórico.

Su autora, Marta Harnecker, es una chilena, discípula del filósofo marxista francés Louis Althusser, en la Ecole Normal de París, que mientras desarrolló sus estudios en la capital francesa colaboró en PUNTO FINAL, popularizando el seudónimo de Neva en nuestra sección “Tribuna Ideológica”, donde abordó con estilo pedagógico notable y un rigor científico indiscutible las tesis de los pensadores clásicos del marxismo.

Numerosas de esas colaboraciones aparecen en esta obra que en su totalidad analiza en doce capítulos, en base a definiciones precisas, esquemas y citas constantes de Marx, Lenin y Engels —para mencionar a los más importantes— la teoría marxista de la historia, convirtiendo el conjunto en un texto de fácil manejo para el estudiante.

Su prologuista, el propio maestro de Marta Harnecker, Louis Althusser, lo advierte en la presentación de la obra añadiendo que a las virtudes mencionadas “tiene el mérito de exponer con claridad y rigor la teoría marxista de la historia y, en ciertos puntos, de presentar tesis que agregan precisiones importantes al pensamiento de los clásicos”.

Esta segunda edición lanzada por Siglo XXI confirma los méritos de una obra que ya se está convirtiendo en un libro difícil de conseguir por la demanda de que es objeto. Para los militantes revolucionarios cuya formación teórica y política se realiza a través de las luchas de los partidos revolucionarios, la obra de Marta Harnecker habrá de orientar convenientemente la experiencia ganada y ayudarla a evolucionar a la luz de la teoría marxista-leninista.

Complementa el libro una serie de textos escogidos de los pensadores más relevantes del marxismo y una cuidadosa bibliografía.

José Revueltas y su última novela^(*)

EL desconocimiento casi total sobre la obra de José Revueltas, por parte de los lectores regulares de escritores hispanoamericanos, señala una laguna lamentable en la cultura literaria de nuestro continente.

La creación de Revueltas es numerosa, ha escrito mucho de la misma manera que ha vivido mucho y si señalamos esto es porque queremos aludir al hecho de que vida y obra en el escritor mexicano no son más que las dos partes indivisibles de una misma vocación, la del artista "comprometido" en el mejor sentido del término: comprometido con su tiempo y las luchas de su tiempo. Compromiso traído como creador entero: en la praxis política y en la praxis artística.

Para comprender todo esto, creemos necesaria una brevísima noticia biográfica de José Revueltas. La primera vez que penetra en una prisión aún no ha cumplido los quince años, ingresa a la cárcel de menores por participar activamente en una huelga obrera; posteriormente es enviado en dos ocasiones a las Islas Marias, penal situado frente a la costa mexicana del Pacífico. Su permanencia ahí y las experiencias y vivencias que obtiene, le sirven para escribir la novela **Los muros de agua**; desde luego, estos encarcelamientos también se deben a razones políticas: Revueltas fue un activo militante del Partido Comunista mexicano, del que posteriormente se separa por considerar que no asume las funciones y las tareas de un verdadero partido comunista. Esta tesis la fundamenta teóricamente en el **Ensayo sobre un proletariado sin cabeza**. Al separarse del partido, Revueltas funda junto con otros exmilitantes la Liga Leninista Espartaco, organización de la que al cabo de pocos años se separa para convertirse en el núcleo de un grupo de marxistas mexicanos independientes.

A finales de julio de 1968, estalla el movimiento estudiantil mexicano más importante en la historia del país. Revueltas, a los 54 años de edad, es de los primeros intelectuales en acercarse a los jóvenes para formar como uno más entre ellos. Discute y aconseja, participa en mesas redondas y debates públicos, pone al servicio de las "libertades democráticas" por las que luchan los estudiantes mexicanos toda su experiencia, hasta que en noviembre del mismo año es una vez más detenido y trasladado a la cárcel preventiva de Ciudad de México, la sombría Lecumberri, lugar donde en el momento de escribir estas líneas participa en una huelga de hambre que han declarado 90 presos políticos con el objeto de lograr el desistimiento de todos los cargos formulados contra ellos.

El **apando**, su última novela, es escrita

precisamente ahí, desde el recogimiento profundo y áspero de la prisión. Tres de los personajes que soportan la trama se encuentran **apandados** (es decir, "castigados"), y son drogadictos consumados.

La novela se desenvuelve en ese ambiente enrarecido y sofocante que es patrimonio común a toda la narrativa de Revueltas, y que a nuestro juicio lo emparentaría en este sentido, sólo en este sentido, a otro gran escritor latinoamericano injustamente postergado, nos referimos a Juan Carlos Onetti, y pensamos concretamente en novelas como **Tierra de nadie** y **Para esta noche**. Los **apandados**, al igual que todos los personajes de José Revueltas, son personajes enfrentados a situaciones límites que se les imponen desde fuera y que determinan brutalmente sus acciones, con todo el patetismo que encierra la imposibilidad de escapar a un destino ineludible y trágico.

El juego dialéctico que rige la oposición de los actos humanos, obra necesariamente en contra de estos marginados, de estos rebeldes que deben ser aplastados por una estructura cuyos supuestos mismos no admiten su existencia: la novela es la historia de estos tres hombres y del esfuerzo de tres mujeres —dos amantes y una madre— por introducirles la droga al penal y por lograr que los liberen de la celda de los **apandados**, hasta que todo culmina en el fracaso sangriento de ambos propósitos.

El problema humano y ético de la libertad en la conducta del hombre, es el "leit motiv" que subyace en esta última breve novela de Revueltas. El desconocimiento de la necesidad, conduce a todos estos hombres a la enajenación última de su libertad, y así la misma rebeldía de que son portadores en un mundo que no es de ellos y en el que no se reconocen, los lleva de la mano a una derrota que no es sólo de ellos sino del papel que representan en una sociedad que requiere de cárceles para ser "libre".

El estilo de José Revueltas, lo propiamente peculiar literario, la forma de decir las cosas, se corresponde cabalmente con el contenido: las cosas mismas a las que el novelista da vida en la palabra.

El estilo no es de ninguna manera realista, no tiene nada que ver con el resultado que nos podría entregar una copia fotográfica, es un estilo que reelabora con oficio y destreza la objetividad a la que alude.

La lectura de esta novela, como de cualquier otra narración de Revueltas, nos otorga el goce estético que se experimenta ante la lectura de la gran novelística latinoamericana del presente, y enriquece aún más el copioso acervo literario del gran escritor y combatiente revolucionario.

(*) El **apando**, de José Revueltas, 56 pp., Ediciones Era, México, 1969.

ROBERTO ESCUDERO

